

Dos historias del Valle, una real y otra no tanto.

Alzheimer

Como tantas otras tardes Alberto sale a caminar por los alrededores de su casa. Hoy también lo hace porque a pesar de que el otoño ha aparecido de golpe arrastrando una ligera brisa más fresca que en días anteriores, le gusta la luminosidad de la tarde. Hace unos días cayeron excepcionalmente unas gotas de lluvia que contribuyeron a limpiar la atmósfera.

Durante el paseo, un conejo se espanta al detectar su presencia y a Alberto solo le da tiempo de ver la cola blanca del animal saltando por encima de los hierbajos secos. Piensa entonces y recuerda los reflejos de los cazadores que en milésimas de segundo les da tiempo a encarar la escopeta y disparar. Pero no, ahora juega a adivinar donde se ha quedado quieto, como una estatua, jugando al despiste.



Cuando lleva unos diez minutos andando ve a un vecino que al parecer se distrae en el paisaje sin motivo aparente, salvo el de la contemplación. Se saludan. En el intercambio de las primeras palabras ya advierte algo anormal a pesar de la mirada franca, confiada del interlocutor. Aprecia que responde con claridad, no hay gestos nerviosos, ni titubea en las respuestas, pero nota que algo no marcha. No hay cercanía en el diálogo, al menos como otras veces que se encontraban en

situación parecida.

- ¿Sabes quién soy? —pregunta Alberto a fin de romper la barrera invisible.
- El caso es que tu cara me suena —responde.

El vecino se da cuenta que debe añadir algo más, que esa respuesta necesita ser apostillada, algo que contribuya a tranquilizar a Alberto, pues a pesar de no recordar su nombre sí intuye que es alguien cercano, de confianza.

Alberto trata de ayudarlo a encontrar el camino del recuerdo donde al parecer se halla perdido y le pregunta señalando con el dedo si sabe de quién es la casa que ven a lo lejos. Se gira, la mira entrecerrando los ojos y desgrana una retahíla de palabras con seguridad: sabe quién es el dueño, como se llama, a qué se dedica, quiénes son sus hijos... Vuelve de nuevo la cara hacia Alberto se sonríe a modo de disculpa porque

dentro de la confusión de la que al parecer es consciente advierte que debería decir algo más, el nombre al menos. Recurre a comentarios triviales, a lugares comunes, a un tema que no lo descubra o comprometa.

Más tarde y hablando con otro amigo se entera que a este vecino le ocurre algo. Que al parecer está entrando en el túnel que conduce a una enfermedad temida, aquella que el que la padece vuelve invisibles a los que le rodean. Y no es la ceguera física.

Esa noche Alberto tiene un sueño, de esos que puedes detener o controlar a tu antojo. El recuerdo es tan vivo que a la mañana siguiente aún puede recordar todos los matices, la conversación, entonación, miradas, incluso cierta tensión en su interlocutor.

Sueña que en una estación de autobuses ve a un amigo y que al dirigirse a él confiado en la relación de amistad que mantienen, le contesta este con frialdad, como si no lo conociera. Insiste aportando datos sobre la cercanía que los une, pero la respuesta es la de una persona totalmente desconocida.

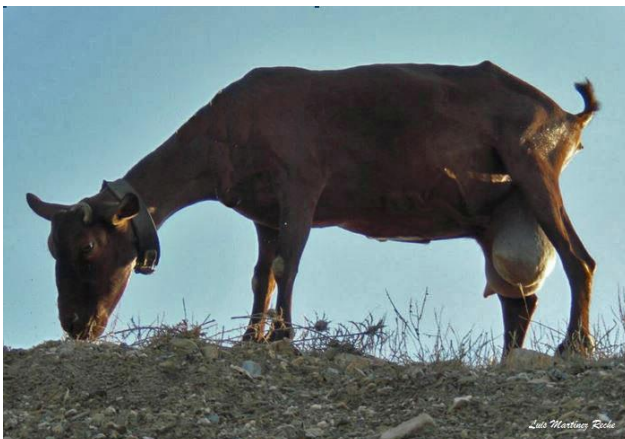
La luz del día refresca recuerdos, aporta lucidez al sueño. La noche debe haber sido cálida pues Alberto se despierta con cierto rastro de sudor pegado al cuerpo. El espejo del cuarto de baño le devuelve la visión de una cara familiar. Es la suya, no hay duda. Reflexiona sobre aquellas personas que no saben el lugar que ocupan en este mundo, que aunque vean a los que están cerca, desconocen todo sobre lo que para ellos representan. Que son directamente invisibles.

El Alzheimer ha llamado a la puerta del vecino para quedarse.

La cabra

Por favor, deletree como si fuera un inglés:

“Abra su casa a una cabra, que detrás vendrá un cabrito”



En otra jornada dedicada a la tarea grata del ocio conscientemente administrado me encuentro al tío Ginés cuidando su rebaño de ovejas y cabras. Aparece inevitable el tema de moda de este otoño, el “prusés”, *Puchimón* y la banda de *trileros*, perfectamente organizada que nos lleva a mal traer: a los catalanes, y a quién se cruce en su camino delirante.

Una cabra me mira con curiosidad asomada al “laero” mientras el sol le calienta los cuartos traseros. Pastorea brotes secos. Lo normal, aquí y ahora. Me mira curiosa mientras disparo la cámara.

Continúo el paseo en dirección a la Venta. Es la hora del cafetito cortado. La cabra que acabo de ver, está bien. Excelente mascota.

- ¿Se puede saber qué traes ahí? ¿Con quién vienes? –señalando a la cabra.
- Verás –respondo, y continúo el parlamento que traigo aprendido– ¿Sería posible buscarle un sitio preferente en el bar, encima del mostrador, por ejemplo?–continúo–: la cuestión es que si Sanidad lo ve bien, la leche podría pasar directamente del productor al consumidor, que no es otro que el cliente que pide un café con leche. Incluso si alguien la quiere aún más pura, puede chupar directamente de las ubres. Hay que hablar con Sanidad por si se precisa un carnet especial de manipulador de alimentos. Por otra parte la Sociedad Protectora de Animales no creemos que ponga inconvenientes, con mayor motivo ahora que no se fuma en los bares. La cabra puede ser una buena mascota, muy completita, es limpia, no hay que darla de alta en la Seguridad Social –le recomiendo finalmente.

Me mira de soslayo, sin decir ni pío. No insisto. No sé qué dirás el tío Ginés cuando me vea aparecer.

La Torrecilla, 3 de diciembre de 2017